

Reportaje: "Los demás niños no son como yo" [páginas 2-3]. Reportaje: ¿Es Grecia como lo pintan? [páginas 4-5]. Entrevista: Xúlio Abonjo [páginas 6-7]. Mil Primaveras Más. Cultura Popular: O Trevo segue despois de todo [páginas 8-9]; Anaquel [páginas 10-11]. Reportaje: El Che sigue tan vivo como hace 45 años [página 12]. Álbum [páginas 14-17]. Artes: Rescatando el olvido [página 19]. Moda na rúa [página 20]

revista 643

Retrato de un niño superdotado

Tienen una mente brillante, pero en su día a día también hay sombras. Dos menores con altas capacidades intelectuales y sus familias relatan cómo es su realidad



Demandan conocimientos con las mismas ansias que un futbolista reclama el balón, pero no son bichos raros. Sus aptitudes y un cociente intelectual que supera los 130 puntos les hace tener unas necesidades específicas que no siempre son entendidas. Miguel, de ocho años, y Leonardo, de quince, saben lo que es sentirse diferente e incomprendido. Son dos pontevedreses de altas capacidades intelectuales. Para sus familias, simplemente niños.



Miguel, hace tres años, dibujando, afición que le apasiona desde muy pequeño.



Interpretación de 'La noche estrellada', de Vincent Van Gogh, realizada por Miguel, de ocho años, hace unos meses.



Un grupo de niños en una actividad de La Asociación de Altas Capacidades de Galicia (ASAC).



Marina y su hijo, Leonardo, de quince años, durante un paseo por Pontevedra.



Carmen Pomar, coordinadora técnica de ASAC.

“Los demás niños no son como yo”

En algún momento de sus vidas Miguel y Leonardo se sintieron diferentes. Ambos encontraron en la Asociación de Altas Capacidades de Galicia (ASAC) la solución a sus necesidades; y sus familias, las respuestas a muchas dudas y preguntas.

“Aunque lo que más se conoce es el programa de enriquecimiento, ASAC tiene otras funciones que, sobre todo, tienen que ver con la sensibilización de la sociedad. Tratamos de presentar la alta capacidad como una realidad como cualquier otra. No es una ventaja ni un inconveniente”, señala Carmen Pomar, psicóloga infantil y coordi-

[reportaje] **Su alta capacidad intelectual les hace sentirse diferentes. Así es la realidad de los menores superdotados**

[escribe **Marta Balo** | fotografía **Rafa Fariña, David Freire**]

nadora técnica de ASAC.

Esta asociación, creada en 1995, integra actualmente a 300 socios, fundamentalmente familias cuyos perfiles culturales y sociales, “contrariamente a los estereotipos”, son variados.

También los niños son diferentes. “La alta capacidad es un término global que abarca casuísticas distintas -explica Pomar-. Así, engloba

a superdotados, talentosos y precoces. El superdotado es un niño muy brillante en todo y son entre un 2 y un 3% de la población; el talentoso, que es estadísticamente mayor -un 10% de la población- destaca muy por encima en algunas áreas, pero no en todo, y el precoz es aquel niño que va muy rápido en los primeros años, pero no todos acaban siendo superdotados”. No es hasta los cin-

co o seis años, señala, cuando “podemos hablar ya de alta capacidad en sí, tanto sean niños talentosos como superdotados”.

Los más pequeños llegan a ASAC porque los padres perciben señales “muy domésticas” que responden a “criterios cronológicos” y, a veces, incluso son alertados por el propio pediatra. “Cuando ya están escolarizados -precisa la psicóloga- la señal de alarma es que el niño está rindiendo por debajo de sus posibilidades”.

Una vez en la asociación, donde suelen permanecer hasta los 18 años, los niños asisten cada sábado a diversos talleres -creatividad

musical, ingeniería ambiental, matemáticas a través de la papiroflexia, arte contemporáneo...-. “El punto común de todos es fomentar la creatividad, las habilidades sociales y la expresión emocional”, recalca Pomar.

Pese a que la mayoría consigue eludir el fracaso escolar, “hay una minoría -reconoce la coordinadora de ASAC- que acaba teniendo problemas”. La adolescencia o el momento de escoger carrera o estudios son los momentos más complicados.

No obstante, el mensaje de Pomar para las familias es claro: “Tranquilidad y normalidad”.



1 “Adicto a saber” Miguel tiene ocho años y una mente que no para, pero “no tiene por qué ser Einstein”. Sus padres solo quieren que sea feliz

“Yo estoy con los demás niños, pero los demás niños no son como yo”. Fue la respuesta que dio Miguel a su madre cuando esta le preguntó por qué no quería ir al colegio. Tenía solo cinco años y “el salto a Primaria”, en el que, según Julia, su progenitora, tenía puestas todas sus expectativas, le había defraudado.

Aunque las sospechas siempre habían estado ahí, no fue hasta ese momento cuando sus padres decidieron llevarlo a la Asociación de Altas Capacidades de Galicia (ASAC), en Santiago de Compostela, para que lo evaluaran. “Veíamos cosas. Cuando empezó a hablar, no solo decía palabras, decía oraciones enteras con sentido. Por ejemplo, a los 20 meses,

un día comió pulpo y dijo: ‘el pulpo tiene tentáculos y ventosas’. Era muy pequeño y ya dibujaba con perspectiva y creo que todavía tenía dos años cuando nos empezó a preguntar por la muerte... Otro día me dijo: ‘Mamá, yo quiero dejar de hacer figuras geométricas pero me siguen bajando los palitos y no soy capaz de quedarme dormido’. Tenía unas inquietudes que no veías en el resto de los niños, pero para mí era normal”, recalca Julia.

Sin embargo, los resultados de ASAC no dejaron lugar a dudas: su cociente intelectual -“simplemente un número”, precisa su madre para restarle importancia- determinaba que Miguel era un niño con altas capacidades intelectuales. A partir de entonces empezó a ir a la asociación

todos los sábados, satisfaciendo así su constante necesidad de aprender, una “adicción a saber”, como lo define su madre, que no tiene límites. “Yo, cuando fuimos a Santiago, me saqué un peso de encima. Todo tenía un sentido. Mi hijo no era un niño muy raro, era un niño normal”, afirma Julia. Y la normalidad es la máxima de sus progenitores a la hora de afrontar su educación. “Yo lo que quiero es que sea feliz, que esto no se convierta en un peso. Él demanda muchos conocimientos, pero afectivamente es un niño -recalca Julia-. Se coge una pataleta y necesita el mimo de su mamá como cualquier otro”.

Por eso, sus padres intentan protegerlo de la incomprensión de la

gente y de los muchos estereotipos que todavía rodean a las personas con altas capacidades intelectuales. “A veces generan rechazo. Hay muchos clichés. Parece que son marcianos o que tienen que ser Einstein, y es mentira. Hay muchos que pasan completamente desapercibidos y fracasan en el colegio. Son niños muy normales y también se equivocan”, insiste Julia.

Desde luego, Miguel no parece un marciano. A punto de cumplir los nueve años, entra y sale de su clase de pintura, abandonando por momentos el lienzo en el que, poco a poco, va cobrando color ‘El Canal du Midi’, de Matisse, para asistir a la conversación. No en vano, él es el protagonista y lo sabe. Pero no presume. Así se lo inculcaron sus padres cuando, viendo un documental -algo que le apasiona-, descubrió que era superdotado. “No te creas que eres excepcional, le dijimos. Tú eres igual que el resto de los niños. Unos tienen unas piernas que corren muy rápido y otros, como tú, una cabeza que piensa muy rápido. La verdad

es que lo lleva con mucha naturalidad. No es un niño engreído. Al revés, no confía demasiado en sus posibilidades”, apunta Julia.

Curioso, sensible, perfeccionista, creativo, respetuoso con las normas “hasta llegar a la obsesión” y con una mente que no para, Miguel no puede permitirse el aburrimiento. “Me gustan los juegos de mesa: el parchís, la oca... Los de cartas, pero no los de sota, caballo y rey -precisa-, los juegos de ahora, como el Fantasma Blitz. Me gusta navegar en Internet, sobre todo, buscar imágenes y leer”, cuenta. Sobre su futuro, ya tiene algunas ideas. “Quiero ser actor”, afirma con determinación para, seguidamente, añadir: “También me gustaría ser científico, paleontólogo, zoólogo... Y pintor. Me gustan mucho Van Gogh, Picasso y Joaquín Sorolla”.

Y aunque los deberes le aburren, al final, siempre los hace. “Tratamos de inculcarle que su capacidad no sirve de nada si no va acompañada del trabajo y del esfuerzo. Ser inteligente no lo es todo”, concluye su madre.



2 “Estaba señalado” Leonardo, de quince años, tuvo muchos problemas de adaptación e incluso sufrió acoso escolar

Leonardo aprendió los números viendo el sorteo de la Once por la televisión. Con la lectura le sucedió algo similar. De repente, con cuatro años, sin que nadie le enseñase, ya sabía leer. Y, si bien a caminar empezó tarde -con 16 meses-, a hablar lo hizo muy pronto y con un vocabulario impropio de su edad. “Pero claro, es hijo único y yo no sabía si eso era normal. Para mí un superdotado era un niño que a los cuatro años tocaba el violín”, explica Marina, su madre.

Pronto descubrió que no era así. “Por cuestiones familiares, el año que él empezó 1º de Primaria nos

trasladamos de Marín a Barrantes y él empezó a decir que no quería ir al colegio. Pero yo lo achaqué al cambio”, relata.

Después de dos meses acudiendo a una psicóloga infantil, esta dio con la clave: “El niño se aburre en clase”. Luego todo sucedió muy rápido y, gracias a la mediación de la orientadora del colegio, desde la Consellería de Educación propusieron a Marina que Leonardo estuviese unos meses en 2º y, ya el curso siguiente, lo empezase en 3º. Y Marina aceptó, no sin antes superar muchas dudas y temores. “Yo soy viuda. Era yo sola responsable

de él y tenía que tomar muchas decisiones. Me preocupaba que fuera a estar siempre con niños mayores y si yo iba a ser capaz de darle lo que él iba a demandar. La orientadora fue la que me dirigió. Ella me habló de ASAC y empezamos a ir”, cuenta ante la atenta mirada de Leonardo.

Aunque hoy, con 15 años, él apenas recuerda las anécdotas que relata su madre sobre su precocidad, no olvida lo mal que lo pasó en el colegio. “A partir de 3º fue cuando empecé a sentirme algo raro porque nadie me quería. Todos estaban con sus amigos y yo no tenía ningun-

no. Todos jugaban al fútbol y a mí no me gustaba nada”, rememora. Todo cambió cuando empezó a ir a ASAC. “Allí empecé a hacer muchos amigos y me sentí más normal”, afirma. “Pero en el cole me seguían marginando. En algunas ocasiones me llegaron a pegar e incluso tuvimos que denunciarlo a la Policía”, añade. “Además -interviene su madre-, al ser Barrantes un pueblo pequeño, estaba señalado. Ahora, de hecho, se ha cambiado al instituto de Cambados para cursar 1º de Bachillerato y yo es la primera vez que lo veo feliz”.

Pese a todos los problemas, el balance, coinciden ambos, es positivo. Las diferencias con la mayoría de los chicos de su edad, apasionados de Justin Bieber o David Guetta -música que Leonardo, fanático del power metal, detesta-, las olvida en ASAC. Allí tiene a sus mejores amigos, jóvenes que, como él, adoran los videojuegos, los dinosaurios y las estrellas.

Por otro lado, recalca, “sacar buenas notas siempre es mejor que suspender”. En su caso, la media es de notable porque, apunta, “lo de sacar todos sobresalientes es un estereotipo”. Además, a él le puede la vagancia. “Vive de rentas, de lo que escucha en clase. Le he tenido que presionar siempre para que haga los deberes”, revela su madre. Leonardo lo admite al tiempo que se justifica echando mano de la lógica: “Yo cuando hay algo a lo que no le veo mucho sentido, no lo hago. ¿Por qué tengo que hacer diez restas si ya sé hacer una?”.

Por último, madre e hijo lanzan un mensaje a la sociedad. “Yo pido apoyo -indica Marina-, porque si el sistema educativo estuviera preparado para estos niños, la sociedad tendría mucho que ganar”. “No se deberían tener prejuicios hacia las personas por el hecho de ser diferentes -concluye Leonardo- porque esos prejuicios se pueden convertir en prejuicios”.